

EL PRÓLOGO

He aquí. Estos personajes van a interpretarles la historia de Antígona. Antígona es la chica delgaducha que está sentada allí y que no dice nada. Mira hacia delante. Ella piensa. Piensa que va a ser Antígona dentro de un momento, que va a resurgir de repente de la delgada jovencita morena y retraída que nadie tomaba en serio en la familia y alzarse sola ante el mundo, sola ante Creonte, su tío, que es el rey. Piensa que va a morir, que es joven y que también le habría gustado vivir. Pero no hay nada que hacer. Ella se llama Antígona y tiene que interpretar su papel hasta el final... Y, desde que el telón se ha levantado, siente que se aleja a una velocidad vertiginosa de su hermana Ismene, que conversa y ríe con un joven, de todos nosotros que estamos aquí tranquilamente mirándola, de nosotros que no tenemos que morir esta noche.

El joven con el que habla la rubia, la guapa, la feliz Ismene, es Hemón, el hijo de Creonte. Él es el prometido de Antígona. Todo le llevaba hacia Ismene: su afición por la danza y el juego, su atracción por la felicidad y el éxito, su sensualidad también porque Ismene es mucho más bella que Antígona; y entonces, una noche, una noche de baile, en la que él había bailado solamente con Ismene, una noche donde Ismene había estado deslumbrante con su vestido nuevo, él fue a buscar a Antígona, que soñaba en un rincón, como en este momento, con sus brazos envolviendo sus rodillas, y él la pidió en matrimonio.

Las obligaciones de un monarca

Creonte, rey de Tebas, se ve en la obligación de dar muerte a su sobrina Antígona porque ella quiere quebrantar la ley enterrando a su hermano Polinices, traidor del Estado. Creonte, después de haber intentado disuadirla, justifica su decisión argumentando su obligación en su función de rey.

CREONTE.— (*Con tono profundo.*) Pues bien, sí, temo estar obligado a matarte si te obstinas. Y no querría hacerlo.

ANTÍGONA.— ¡Yo, yo no estoy obligada a hacer lo que no quiero! Usted tampoco habría querido negar una tumba a mi hermano. Dígalo, que usted no lo habría querido.

CREONTE.— Te lo dije.

ANTÍGONA.— Y usted, sin embargo, lo ha hecho. Y ahora, me va a matar sin quererlo. ¿Es eso ser rey?

CREONTE.— ¡Sí, eso es!

ANTÍGONA.— ¡Pobre Creonte! Con mis uñas rotas y llenas de tierra y los moratones que tus guardias me han hecho en los brazos, con el miedo agarrado al vientre, yo, yo soy reina.

CREONTE.— Entonces, ten compasión de mí, vive. El cadáver de tu hermano pudriéndose bajo mis ventanas es suficiente pago para que el orden reine en Tebas. Mi hijo te quiere. No me obligues a pagar también con tu vida. Ya he pagado bastante.

ANTÍGONA.— No. Usted dijo «sí». ¡Ahora ya nunca terminará de pagar!

CREONTE.— (*La zarandea repentinamente, fuera de sí.*) ¡Pero, Dios mío! ¡Intenta comprender un minuto, tú también, pequeña idiota! Yo, yo también he intentado comprenderte. Hace falta, sin embargo, que haya alguien que diga sí. Hace falta, sin embargo, que haya alguien que dirija el barco. Está haciendo aguas por todas partes, está repleto de crímenes, de tonterías, de miserias..., y el timón está balanceándose ahora. La tripulación ya no quiere hacer nada más, solo piensa en saquear la cala y los oficiales están ya construyéndose una pequeña balsa, nada más que para ellos,

con todas las provisiones de agua potable, para así por lo menos conseguir sacar sus huesos de aquí. Y el mástil cruje, y el viento sopla, y las velas van a desgarrarse, y todos estos brutos van a morir, porque ellos solo piensan en su pellejo, en su precioso pellejo y en sus asuntos insignificantes. ¿Crees tú, en esta situación, que uno tiene tiempo de hacerse el remilgado, de saber si hay que decir «sí» o «no», de preguntarse si no tendrá que pagar demasiado caro algún día, y si podrá seguir siendo un hombre después? Uno coge el timón, endereza el barco ante la montaña de agua, da una orden a gritos y tira por la borda a los que suponen un lastre. ¡Al montón! Este no tiene nombre. Es como la ola que acaba de abatirse contra el puente ante él; el viento que le abofetea y lo que cae delante del grupo no tiene nombre. Era quizás ese que te había dado fuego, sonriendo, el día anterior. Él ya no tiene nombre. Y tú tampoco, ya no tienes nombre, agarrado con fuerza al timón. Ya solamente el barco tiene un nombre, y la tempestad. ¿Puedes comprender esto?

Antígona, todo un carácter

ANTÍGONA—¡Todos vosotros me dais asco con vuestra felicidad! Con vuestra vida que hay que amar cueste lo que cueste. Como perros que lamen todo lo que encuentran. Y esa pequeña posibilidad para todos los días si no se es demasiado exigente. Yo lo quiero todo, en seguida —y que sea completo—, y si no, me niego. Yo no quiero ser modesta y contentarme con un trocito, si he sido juiciosa. Quiero estar segura de todo hoy y que sea tan hermoso como cuando era pequeña, o morir. ¡Como mi padre, sí! Somos de los que plantean las preguntas hasta el fin. Hasta que no quede ya en realidad viva una pequeña posibilidad de esperanza, hasta que no quede sin estrangular la más pequeña posibilidad de esperanza. ¡Somos de los que saltan encima, cuando la encuentran, a la esperanza, a vuestra querida esperanza, a vuestra sucia esperanza!

La esencia de la vida

CREONTE—No hay otra cosa que importe. ¡Y tú vas a derrocharlo! Te comprendo, yo hubiera hecho lo mismo a los veinte años. Por eso bebía tus palabras. Escuchaba desde el fondo del tiempo a un joven Creonte flaco y pálido como tú y que también solo pensaba en darlo todo... Cásate pronto, Antígona, sé feliz. La vida no es lo que tú crees. Es un agua que los jóvenes dejan correr sin saberlo, entre los dedos abiertos. Cierra las manos, cierra las manos, rápido. Retenla. Ya verás, se convertirá en una cosita dura y simple que uno roe sentado al sol. Todos te dirán lo contrario porque necesitan tu fuerza y tu impulso. No los escuches. No me escuches cuando pronuncie el próximo discurso delante del sepulcro de Eteocles. No será cierto. Solo es cierto, lo que no se dice... Tú también lo sabrás, demasiado tarde; la vida es un libro que amamos, un niño que juega a tus pies, una herramienta que uno sujeta bien de la mano, un banco para descansar la noche delante de la casa. Vas a despreciarme otra vez, pero descubrir eso, ya verás, es el consuelo irrisorio de envejecer, la vida quizá solo sea, después de todo, la felicidad.

Fragmentos extraídos de la obra de Jean Anouilh, *Antígona* (1944).